



La evolución afectiva, vida en grupo y la rivalidad fraterna en el niño de 6 a 9 años

En nuestro pequeño siguen surgiendo con su desarrollo necesidades y problemas que deben ser abordados correctamente por sus padres, sus primeros y principales educadores. La adecuada solución de todas estas necesidades y posibles conflictos en un clima familiar donde impere el amor, asegurará un desarrollo feliz y creará las bases para una personalidad equilibrada.

LA EVOLUCION AFECTIVA

En esta etapa el niño se hace capaz de querer a otros, además de a sus padres, y de quererlos de una manera más generosa que en la etapa anterior en que al querer a los demás buscaba protección: su cariño se hace así menos exigente. Pero no es raro que durante este período, en el que la afectividad del niño empieza a madurar y es por ello más delicada, se produzcan retrocesos en este desarrollo. Cualquier acontecimiento extraño a su vida lo hará refugiarse, en la etapa anterior, y su manera de querer se hará otra vez exigente y egoísta, inmadura. Este retroceso, que los psicólogos llaman regresión, pueden provocarlo circunstancias muy diversas, como son: muerte de uno de los padres, nacimiento de un hermano, torpezas de la educación, autoritarismo excesivo, miedos, etc.

Hay otro rasgo típico de la manera de comportarse en este período de los 6 a los 9 años: los cambios de humor. Frecuentemente el niño pasa, casi sin transición, de la risa al llanto; del querer a alguien a rechazarle por completo; de portarse como una persona mayor a hacerlo como “un niño de dos años”. Trata de llamar la atención, por todos los medios, por lo que puede ser muy cariñoso o brutal y descortés. Pero esta etapa, por la que casi todos los niños pasan, dura poco; y tras ella aparecen nuevos progresos: el niño no hace “escenas” a los mayores, si es contrariado o reprendido, va a refugiarse en un rincón para llorar; y además, procura que no le vea nadie. Aparece al mismo tiempo una especie de timidez, que no es miedo a los otros. Es el deseo del niño de estar solo consigo mismo para conocerse mejor. Es la edad en que el niño se aísla con frecuencia y hay que estarle llamando. Es también la edad en que se entienden

mejor y se valoran más los cuentos y las leyendas.

Un rasgo más: las primeras mentiras “pensadas”, usadas como recurso ante una situación hostil. Antes el niño mentía sin darse cuenta de ello: había algo que no le gustaba y reaccionaba automáticamente inventando otra cosa en su lugar, o sencillamente, negándolo. Ahora el niño sabe por qué miente, y busca que le crean: sus mentiras se hacen cada vez más lógicas. Esto sucede con más frecuencia en los niños con padres autoritarios, que ponen a los hijos en situaciones sin salida, que les hacen mentir.

Como una consecuencia más de la gran “sed de saber”, que caracteriza a los años que van de los 7 a los 9, aparecen en muchos casos, por no decir en todos, los juegos en los que se dan ciertas exploraciones sexuales: el niño ve que la niña no es como él y quiere saber cómo es, y viceversa. En estos juegos hay más de curiosidad que de búsqueda de placer; es la misma curiosidad que les hace preguntar sobre todo lo que se refiere al nacimiento, al desarrollo de cada sexo, y lejos de reprimirla, debe ser aprovechada por los padres y maestros para dar todas las explicaciones que los niños pidan o que ellos vean que buscan, evitando así el mal efecto que tienen ciertas conversaciones o algunas experiencias que el niño hará para saber lo que desea. Por último, y al lado de esta curiosidad por el otro sexo, se da también una separación entre niños y niñas. Los que hasta ahora habían compartido juegos, empiezan a buscar sus amigos en los de su propio sexo, rechazando a los del contrario. Se diferencian también los intereses: a unos les gusta jugar a unas cosas, y a los otros, a otras.

VIDA EN GRUPO Y DESARROLLO SOCIAL

La importancia de la necesidad de asociación y la

atracción que ejercen las actividades colectivas en este nivel parecen demostrarse con los resultados de una investigación: entre los cinco años y medio y los seis y medio, el 70 % de los niños actúa en aislamiento; entre los seis y medio y los siete y medio, por el contrario, todos los miembros del grupo trabajan en asociación, tienden espontáneamente a agruparse y expresar el deseo jugar o de trabajar con otros.

El niño se ha dado cuenta de su pequeñez y de la limitación de sus medios; comprueba perfectamente que no es el centro del mundo; mide mejor la distancia que le separa del adulto, al que está sometido.

Desviándose entonces de esos contactos menos necesarios ya para su aseguramiento, el niño se refugia entre sus iguales, donde haya muchas más ocasiones de mostrarse grande y de ser aceptado como tal.

Aunque es siempre el deseo de ser mayor lo que le anima, su realización se dificulta por la presencia del adulto. Por ello es ahora, en el grupo, donde mejor se expresará ese deseo.

Se da una doble evolución; por un lado, se nota una creciente tendencia a independizarse del adulto, porque el niño desea cada vez más actuar por sí mismo, desenvolverse él solo, incluso excluyendo de su actividad, en cierta medida, al adulto; por otro lado, se advierte una tendencia inversa a la dependencia social, ya que el niño busca llamar la atención de sus iguales mediante la terquedad y el exhibicionismo, tratando de hacerse interesante de mil maneras y de imponerse a ellos.

Así, en esa primera “edad del grupo” se da la “Puesta en marcha” de la colaboración, de sus primeras tentativas, más o menos fructuosas, siendo el estadio siguiente, alrededor de los nueve años, el del grupo debidamente constituido.

El problema con el que los niños han de enfrentarse es, en efecto, muy complicado y no puede resolverse de pronto. Se trata, nada menos, para cada participante, de asegurar la afirmación de sí mismo y la valoración que busca; para ello necesita de los otros. Pero esos otros tienen exactamente el mismo deseo, y también tratan de afirmarse. El grupo organizará sus normas, sus actividades y su estructura teniendo en cuenta la necesidad de afirmación individual y la de conservar el grupo, que permite esa afirmación.

RIVALIDAD FRATERNA.

La rivalidad entre los hermanos es esperable, en tanto es un aprendizaje social del convivir y compararse con otros. La manera como se vive la rivalidad está condicionada por la actitud de los padres.

Siempre va a existir un grado de rivalidad, porque esta no va a depender solamente de un reparto equitativo de afecto, sino que más bien de una impresión que tiene el niño de no recibir cariño suficiente, independientemente de si este reparto es justo o no. El mecanismo de relación fraterna dependerá fundamentalmente de factores tales como la actitud de la madre, principal agente y causa de frustración, ya que el chico pretende tenerla toda para él. También

depende de las condiciones psicosociales del niño, en qué medio crece, si la madre además de repartirse entre los hermanos debe también trabajar, lo que hace que el tiempo que está con los hijos sea más reducido, y por lo tanto, más codiciado por todos; depende también de la posición que el niño ocupa dentro de la escala de hermanos, de la edad, del sexo, etc.

El padre, como representante de la autoridad, confirma o anula las actitudes maternas; por ejemplo, en función de su personalidad y de las relaciones conyugales. Pero es por acaparar el amor y la atención de la madre que aparecen las primeras peleas, porque el bebé en primera instancia no se distingue de ella. Luego, cuando logra distinguirse, pretende que la madre sea solo para él. Hay toda una evolución de “mi madre es sólo para mí” hasta empezar a aceptar que no se es el único, que hay otros que pretenden también su amor.

Lo importante es que el clima de la familia logre que la rivalidad fraterna esté de tal manera impregnada de afecto que nunca el odio rompa con la fraternidad; es decir, que nunca las cosas y los intereses valgan más que las personas. Pelearse sin agresividad excesiva, liberando los rencores, admitiendo normalmente los fracasos, sabiendo también que los rivales son a la vez compañeros y confidentes; esto sí constituye una manera sana de vivir la rivalidad.

Los padres colaboran con el aumento de la rivalidad cuando provocan que una experiencia positiva se convierta en negativa, o cuando existen conflictos entre marido y mujer, entonces, con las preferencias o rechazos no hacen más que luchar entre sí, tomando a los niños como instrumentos. También aumenta el problema con reacciones intempestivas, excesivas, sin explicaciones, todo esto impide el desarrollo normal de las peleas entre los hijos.

La rivalidad tendría que tomarse como lo que es: un juego de relación, al que no se debe aplicar la justicia con apariencia de código legal. Es bueno impedir activamente insultos, humillaciones, que por ser crueles y reiterados, dejan marcada a una persona como con una etiqueta.

El hijo preferido. -Más que la preferencia misma por un hijo, importa la discriminación y la polaridad con el hijo rechazado: en general, el que exista un hijo preferido hace que existan uno o varios “hijos olvidados”. El panorama afectivo-familiar se complica cuando la diversidad de preferencias del padre y de la madre crea situaciones tensas, verdades a medias, venganzas y sobornos. No se trata de querer a todos los hijos por igual, sino a cada uno de una manera personalizada. Los hijos son los primeros en no sentirse queridos cuando se dan cuenta que muchas cosas se hacen para no dar preferencia a ninguno. El medir comparativa y obsesivamente lo que se da a cada uno puede ser índice de un clima familiar deteriorado.

